

LOS ABISMOS.

Solo Dios sondea los abismos.—Dios mismo es un abismo.—Abismo de perfecciones divinas.—El corazón del hombre.—Malicia, ignorancia, menosprecio.—Un abismo llama á otro abismo.—Los Limbos.—El purgatorio.—El infierno.—María concebida ántes que existieran los abismos.

I.

¡Oh! ¡qué poderoso es el ojo del Señor, puesto que penetra hasta la profundidad de los abismos! Así nos lo enseña el sagrado libro del Eclesiástico.

Mas en el pensamiento de este Escritor sagrado no se trata solamente de esos abismos materiales que apenas nos manifiestan su insondable profundidad, sino de aquellos abismos de quienes éstos no son más que símbolos, cuyos sentidos nos proponemos explicar.

II.

El mismo Dios es un abismo que el ojo del hombre no puede escudriñar: porque solo al ojo de Dios es dado abrazar dimensiones infinitas con una sola de sus miradas.² “Todo lo sondea y examina el Espíritu de Dios—dice San Pablo—aun las profundidades de Dios.” Así es que nuestro pobre entendimiento apenas puede contemplar, y eso muy por encima, cada una de las perfecciones divinas; y si atrevido quiere penetrar más adelante, inmediatamente se encuentra en medio de un abismo. El libro de los Proverbios lo dice: “*qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria*: el que quiere escudriñar á la Majestad, quedará oprimido por su gloria.”³ Por ejemplo: sabemos que Dios es justo, mas en seguida nos hace observar el Profeta Rey: “que los juicios de Dios son abismos. *Judicia tua abyssus*

¹ Eccli. XXIV, 8.

² Corint. II, 10.

³ Prov. XXV, 27.

“*multa.*”¹ Queriendo desde luego advertirnos, como dice San Agustin, que de la altura de los juicios de Dios, á la pequeñez de nuestra inteligencia, hay una distancia infinita.

De la misma manera sabemos que Dios nos ama; pero si su justicia es un abismo, ¿dejará de serlo tambien su amor? ¡Amor, Bondad, Gracia, Misericordia de un Dios! Nombres sagrados que apenas podemos pronunciar, pero que designan otros tantos abismos.

Verdad es que el Espíritu Santo, único que puede escudriñar los abismos de la Divinidad, parece que quiso hacernos penetrar hasta el fondo del amor divino, cuando por boca del Apóstol San Juan nos dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito.”² Pero á medida que vamos meditando en estas dulces palabras con toda la gratitud de nuestro corazón, no podemos ménos que repetir tambien con San Pablo: “¡Oh abismo! ¡Oh altitud de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡qué incomprensibles son tus juicios y qué investigables tus caminos! *O altitudo divitiarum...*”³

III.

Así como Dios es un abismo, así tambien lo es el corazón del hombre. “¿Hay acaso alguno más profundo?”—pregunta San Agustin.—El hombre habla: el hombre obra: escuchamos sus palabras, vemos sus actos. ¿Pero quién puede penetrar en lo interior de sus pensamientos? ¿Quién nos dirá lo que en el fondo de su alma piensa, medita, dispone, quiere y aborrece? Si el abismo debe medirse por su profundidad, el corazón del hombre es un abismo.

Y esto es una verdad igualmente cierta, tanto en el corazón bueno como en el corazón malo. Procuremos sondear uno y otro. En el primero, jamás llegaremos á ver el fondo de una bondad que nada puede agotar; en el segundo, nunca encontraremos el término de una malicia que por nada se mengua. ¡Ah! ¡El corazón del hombre es un abismo!

Solo Dios, que por su propia esencia puede escudriñarse á sí mismo, puede tambien con una sola de sus miradas abrazar y penetrar los abismos del corazón humano. Mas el Santo Rey David añade: “que Dios no solo puede verlos y contemplarlos, sino que tanto en el cielo como en los abismos, “Él hace cuanto quiere. *Omnia quaecumque voluit fecit... in caelo et in omnibus abyssis.*”⁴

“Todos los corazones se presentan desnudos delante de Él—nos dice el grande obispo de Hippona:—así los buenos como los malos. Y Él llena de consuelo á los unos y ejercita su justicia en los otros.”⁵

¹ Ps. XXXV, 7.

² S. Joan III, 16.

³ Rom. XI, 33.

⁴ Ps. CXXXIV, 6.

⁵ In Ps. CXXXIV, 15.

IV.

¡Ay de mí! No por otra causa sino por la profundidad de la malicia y de la perversidad del corazón del hombre, es por lo que la Santa Escritura lo compara frecuentemente con el abismo; y también porque siempre está envuelto su espíritu en las más densas tinieblas.

¡Sí, el hombre es un abismo de ignorancia! y este abismo de ignorancia, según nos enseña el Santo Job, no puede poseer la sabiduría. El abismo ha dicho: "la sabiduría no está en mí."¹ *Dixit abyssus: sapientia non est in me:* la ignorancia y la malicia conducen al hombre al menosprecio de Dios, y este desprecio de Dios viene a ser el fondo de ese espantoso abismo del pecador.

Cuando el impío ha llegado al fondo de ese abismo ya no hace caso, todo lo desprecia, aun cuando vengan sobre él la infamia y el oprobio. "*Im-pius, cum in profundum venerit, contemnit, sed sequitur eum ignominia et opprobium.*"²

V.

El hombre es un abismo como tenemos visto; pero si el hombre quiere penetrar en el corazón de su hermano, entonces vemos que un abismo habla con otro abismo.

Estas palabras de David, "un abismo llama á otro abismo,"³ las explica San Agustín en este sentido: "Los predicadores de la divina palabra—dice el Santo—eran abismos que hablaban á otros abismos, cuando trataban de enseñar al mundo por medio de la predicación, la sabiduría y la fé cristiana... Pero este llamamiento de un abismo á otro abismo, no es útil sino cuando se hace en el nombre y con la voz del Señor. Así es, ¡oh Dios mío! como el abismo llama á otro abismo, con la voz de vuestras cataratas. *Abyssus abyssum invocat, in voce cataractarum tuarum.*"

Este mismo Padre de la Iglesia nos propone otra interpretación, exclamando así: "Yo tiemblo, ¡oh Dios mío! yo tiemblo, y mi alma se espanta al considerar vuestros juicios, porque vuestros juicios son un abismo... Viviendo en esta carne mortal y manchada, en medio de trabajos y de culpables concupiscencias, ya sentía que pesaba sobre mí la primera sentencia de condenación, cuando castigando justamente á Adán le dijisteis: "Morirás, y no volverás á comer pan sino con el sudor de tu rostro..."⁴ Este era entonces, ¡oh Dios mío! el primer abismo de vuestra justicia. Pero como el abismo llama á otro abismo,⁵ si los hombres viven

¹ Job. XXVIII, 17.

² Prov. XVIII, 3.

³ Ps. XLI, 8.

⁴ Gen. III, 19.

⁵ Ps. XLI, 8.

"mal, ved aquí que ellos irán pasando la vida de pena en pena, de tinieblas á tinieblas, de profundidades á profundidades, de suplicio á suplicio, y de los ardores de la concupiscencia á los ardores eternos del infierno.... Yo tiemblo, pues, Señor, y vuestra voz me horroriza, porque á la voz de vuestras cataratas, el abismo llama á otro abismo."¹

Y me atreveré yo ahora, ¡oh Señor! á hablaros á mi vez, yo que no soy más que un abismo de pecado: espantado con solo el eco terrible de vuestra palabra, me dirijo humildemente á Vos que sois el abismo de la misericordia. Si vuestros juicios me inspiran temor, vuestra bondad me alienta, y no quiero decir como Cain: "Mi iniquidad es tan grande que no merece perdon."² Señor, escucha mi ruego: mira, el abismo que ha pecado, invoca al abismo que perdona. "*Abyssus abyssum invocat.*"³

San Ambrosio, exponiendo estas mismas palabras del Salmista, teniendo en consideración antes que todo, los abismos de la sabiduría de Dios, considera nuestros dos Testamentos como dos abismos que mutuamente se responden. "La voz de las cataratas—dice este Santo—es la misma voz del Señor manifestando en lo exterior el sentido profundo de las Santas Escrituras. Al estruendo de esta imponente palabra, el Testamento Antiguo invocaba el socorro del Nuevo; porque en verdad, él no era más que una letra vacía y muerta, mientras no apareciera el Salvador y se cumplieran las Profecías. La Ley levantó el grito muy alto anunciando el Evangelio; y entonces también el abismo invocaba al abismo, á la voz de las enseñanzas del cielo."⁴

VI.

Siguiendo ahora la interpretación de San Jerónimo, los abismos son el símbolo de las potestades perniciosas del siglo, á quienes sus crímenes han hecho dignos de los suplicios eternos.⁵ Aquí vemos todavía cómo el abismo llama al abismo; esto es, cómo el abismo del castigo corresponde al abismo del mal. Este mismo símbolo se aplica también, así á la profundidad de las iniquidades como á la profundidad de las penas ó castigos.

El lugar donde sufren las almas pecadoras es un abismo. Este abismo bien puede tomarse por el infierno que es la mansión de los réprobos, ó bien por los Limbos que son aquellos lugares donde esperaron las almas de los justos la resurrección del Salvador; ó finalmente, el purgatorio, que es un lugar de expiación en el que están detenidas aquellas almas que aun no han satisfecho á la divina justicia, hasta que purgadas de sus faltas puedan entrar en el cielo.

El Profeta Habacuc estaba sin duda contemplando á las almas de los Limbos en los momentos de la resurrección del Salvador, cuando decía:

¹ S. Aug. in Ps. XLI, 8.

² Genes. IV, 13.

³ Ps. XLI, 8.

⁴ Enar. in Ps. XLI.

⁵ Hier. Com. in Joan cap. III.

“El abismo dió su voz: la profundidad alzó sus manos.”¹ Entonces el Profeta levantaba sus manos hácia Dios que abría á las almas santas las puertas del Paraíso.

¡Ay de mí! El abismo eterno del infierno en vano levantará sus manos hácia un Dios justamente vengador; porque un caos en verdad intransitable, separa para siempre la santidad infinita de Dios de la mansión de los réprobos.

Mas el purgatorio, aquel abismo de expiacion pasajera donde están purificándose las almas que aun no han satisfecho plenamente su deuda á la divina justicia, éste abismo, sí, levanta con confianza sus manos hácia su divino Libertador, porque esas almas infelices que ahí sufren y que nos han precedido en la muerte, incesantemente están dirigiendo á su Dios esta tierna plegaria: “Desde el profundo abismo de miserias en que hemos caído, clamamos á Ti, ¡oh Señor! no seas inexorable á nuestra voz.”²

VII.

Antes que el mundo fuera creado, no existían ni el abismo del mal ni el abismo del castigo. La Sabiduría eterna pudo decir con razon: “Aun no existían los abismos y ya estaba concebida.”³

Mas estas palabras se aplican ordinariamente por la Iglesia á la Inmaculada María. “*Nondum erant abyssi, et Ego jam concepta erat.*” ¡Ay de mí! nosotros, mientras durare nuestra vida, repetiremos con el Rey Profeta: “Fuí concebido en la iniquidad y mi madre me parió en pecado.”⁴ Pero respecto de Vos, ¡oh María! fuísteis la sola criatura sin mancha, la sola exenta de la culpa original; por consiguiente, aun no existían los abismos cuando Vos estábais concebida.

¡Oh María! ¡oh Virgen Inmaculada! ¡Virgen concebida ántes que existieran los abismos; yo levanto mi grito hácia Vos é imploro vuestra clemencia para que me recibais en vuestro seno maternal, despues de haberme alcanzado el perdon de mis culpas y de haberme cerrado las puertas de los abismos eternos!

1 Habac. III, 10.
2 Ps. CXXIX, 1.
3 Prov. VIII, 24.
4 Ps. L, 7.

EL AGUA.

El Espíritu Santo sobre las aguas.—Las aguas sobre el firmamento.—Las que están debajo.—Los pueblos.—El Bautismo.—Figuras del bautismo.—La divina gracia.—La Samaritana.—El Espíritu Santo.—El agua bendita.—Beber como agua la iniquidad.—La limosna.

I.

AL principio, cuando el universo salía de las manos del Hacedor Supremo; cuando las tinieblas cubrían la faz de los abismos y aun estaban vacías y sin adorno las cosas creadas, leemos en la Escritura Santa que el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.¹ *Et Spiritus Dei ferebatur super aquas.*

De estas palabras infiere San Ambrosio las más principales de las significaciones simbólicas, que más tarde debían atribuirse al agua en la Iglesia de Jesucristo. “Era conveniente—dice este Santo—que desde el principio fuera llevado sobre las aguas el Espíritu de Dios, á fin de que todas las criaturas desde su nacimiento, vieran en este hecho una figura del Sacramento del Bautismo, que, por medio del agua santificada con el “Espíritu Santo, debía purificarlas en el porvenir.”²

II.

El segundo día crió Dios el firmamento y separó las aguas superiores que estaban sobre él, de las inferiores que estaban debajo.³

En esta separacion de las aguas ve el mismo San Ambrosio un símbolo de aquella primera separacion, que desde el principio ha dividido á los es-

1 Gen. I, 2.
2 S. Ambr. de Spir. Sanc. lib. II, in Proemio.
3 Gen. I, 7 et 8.